

# Víctimas y beneficiarios de la modernización

Inventario (incompleto) de cambios en la juventud pobladora

(1965-1990)

José Weinstein

Es sabido que la historia reciente de la sociedad chilena ha estado marcada por sucesivos esfuerzos de transformación global. A la "Revolución en libertad" de corte comunitarista, la continuó la "Vía chilena al socialismo", y posteriormente sobrevino la "Revolución silenciosa" neoliberal del gobierno militar. Estos proyectos transformadores se plantearon de manera antitética el uno del otro, lo que se tradujo no sólo en desgarradoras luchas y exclusiones en la arena política, sino también en una pasmosa dificultad para apreciar continuidades y tendencias profundas en los cambios acaecidos. Entretanto, persiste la interrogante respecto de lo que efectivamente ha ocurrido en Chile en este último cuarto de siglo.

Un nuevo modo de aproximarse a este esfuerzo de descripción e interpretación puede provenir la mirada desde actores sociales específicos. No debe perderse de vista que los grupos sociales de alguna manera han participado de las transformaciones realizadas, siendo víctimas y/o beneficiarios de la modernización. Es en este sentido que analizaremos lo acontecido a los jóvenes pobres de las grandes ciudades, un grupo etario y social que parece situado estratégicamente en relación a dimensiones de la vida social (educación, empleo, tiempo libre, familia) que se han visto profundamente alteradas. Se trata de conocer tanto los cambios que han afectado a estos jóvenes pobladores, como la forma en que ellos han sido experimentados, haciendo una articulación entre ambas perspectivas, a veces denominadas "objetiva" y "subjetiva".

Conviene advertir sobre un límite importante de este trabajo, dado por la fragilidad de muchos de los datos existentes. Si bien se cuenta con algunas series estadísticas continuadas, ellas no se han visto complementadas por investigaciones propiamente comparativas durante este período. Sin embargo, ante ciertas dimensiones, son los estudios e investigaciones que aportan datos primarios los que parecen más significativos y pertinentes. De aquí, entonces, que muchas comparaciones entre estudios adolezcan de diversas imperfecciones, las que impiden ir más allá de un análisis (bastante hipotético) de tendencias. Ello obliga, además, a una meticulosa y poco habitual explicitación de las fuentes sobre las cuales fundamos nuestra argumentación. Con todo, la posibilidad de acceso a una visión de conjunto respecto de las transformaciones que han afectado a la juventud pobladora bien parece justificar esta empresa, por más inicial que ella se presente.

Una primera dimensión –que no por conocida puede ser olvidada, debido a sus repercusiones económicas y sociales– refiere a la demografía. El desfase de alrededor de quince años existente entre la baja de la tasa de mortalidad y la baja de la tasa de natalidad hizo que, en parte del período considerado, se viviera una "coyuntura joven", en una estructura demográfica en envejecimiento (Martínez 1989). Este mayor peso de la población joven en el total de la población se dio especialmente en la década de los ochenta, como puede apreciarse en el Cuadro 1.

Cuadro 1. Evolución población joven y población total (1960, 1970, 1980, 1988, 2000).

Año	Población 15-24 años	Población total
1960	1.322.473 (17,93)	7.374.062 (100,0)
1970	1.684.866 (18,90)	8.914.231 (100,0)
1980	2.441.253 (21,85)	11.174.128 (100,0)
1988	2.489.889 (19,53)	12.748.207 (100,0)
2000	2.575.092 (17,24)	14.933.694 (100,0)

Fuente: Las cifras para 1969, 1970, 1980 y 2000 (estimada) están extraídas de García-Huidobro (1986). La cifra de 1988 proviene del *Anuario Demográfico 1988* (Naciones Unidas 1988).

Esta fuerte significación de la población juvenil ha sido particularmente notoria en las zonas urbanas, y especialmente en Santiago. Hay que considerar que, en los años ochenta, por cinco jóvenes que vivían en las ciudades, sólo uno vivía en el campo, y que casi 40 por ciento de los jóvenes chilenos habita en Santiago.

Dicho de otro modo, se da un fenómeno de creciente "desruralización" de la juventud, grupo etario crecientemente urbano en un país que ya abrumadoramente presenta tal característica.

Se debe precisar que esta "ola" demográfica joven de la década de los ochenta tuvo especial significación entre los pobres urbanos. En efecto, en las poblaciones periféricas ha ocurrido un cambio en relación a los grupos etarios que están sobrerrepresentados en relación a la población nacional. Mientras que la encuesta Desal de 1966 constataba que en las poblaciones de Santiago había más niños que en el promedio nacional (45 por ciento de menores de 14 años en las poblaciones, contra 42 por ciento en el país), la encuesta SUR de 1985 constata que en las poblaciones actuales hay similar número de niños, pero que hay significativamente más jóvenes y adultos jóvenes (35 por ciento de personas entre 15 y 29 años en las poblaciones, contra 27 por ciento en el país). Además, estos jóvenes pobladores tienen cada vez más lejanos vínculos con su pasado rural, siendo la mayoría santiaguinos de, al menos, segunda generación (Rodríguez 1987).

En suma, los jóvenes pobladores en estudio, lejos de ser una minoría

intrascendente, son un grupo especialmente numeroso. La "coyuntura demográfica joven" vivida en los ochenta hizo que se amplificara el impacto de los procesos de integración y de exclusión a los cuales estos jóvenes fueron simultáneamente sometidos.

## II

Como es sabido, una de las transformaciones típicas del paso de una sociedad tradicional a una moderna consiste en un correspondiente paso de una familia extensa a una familia nuclear. En el caso de los jóvenes pobladores, este proceso no encuentra verificación en la realidad.

En efecto, estos jóvenes se ven afectados por una aguda crisis de vivienda en los sectores poblacionales, que ha revertido en un proceso de densificación de los domicilios populares. De este modo, se ha tendido a una recomposición de la familia extensa, en la cual muchos de los matrimonios jóvenes que se constituyen participan en tanto allegados.

La comparación entre la encuesta Desal de 1966 y la de SUR de 1985 vuelve a ser categórica al respecto. Los "hogares con allegados" (más de 3 personas por dormitorio) en las poblaciones de Santiago pasaron de 25 por ciento a 41 por ciento en esos casi veinte años. Pero, además, debe agregarse un fenómeno nuevo, cual es la instalación de "hogares allegados" bajo un techo independiente en el terreno que inicialmente ocupaba una sola casa, y que alcanza a 23 por ciento de los domicilios. En síntesis, más de la mitad de los hogares presentan problemas serios de sobrepoblación del espacio, existiendo más de 250 mil hogares en esta precaria situación habitacional sólo en la capital.

Los jóvenes son víctimas privilegiadas de esta actual crisis habitacional. Ello no sólo en el sentido de que sufren agudamente los problemas de convivencia y promiscuidad inherentes a esta situación —piénsese, por ejemplo, que en 24 por ciento de los domicilios las camas son compartidas por dos o más personas (Rodríguez 1987)—, sino también porque no pueden formar una familia en condiciones mínimas de autonomía e independencia. La investigación de Valenzuela (1984) en tres poblaciones de Santiago muestra bien este fenómeno: sólo 24,2 por ciento de los jóvenes casados encuestados había logrado establecerse en un hogar propio, mientras que 54,2 por ciento sigue viviendo con alguno de sus padres y 21,6 por ciento está allegado a familias con las que no existe relación de parentesco directo.

La participación de los matrimonios jóvenes en estructuras familiares extensas es claramente involuntaria y no responde a ninguna pauta cultural tradicional. De hecho, la misma encuesta recién citada (Valenzuela 1984) entrega otro antecedente en esta dirección: 57,4 por ciento de los jóvenes entre 15 y 19 años y 66,6 por ciento de aquéllos entre 20 y 24 años, estén o no casados, desean independizarse de sus familias de origen.

Conviene reafirmar que el deseo (frustrado) de constituir una familia nuclear y reducida es una de las más importantes aspiraciones de estos jóvenes. Ya la encuesta de Mattelart (1970) entre distintos sectores juveniles había mostrado que para la mayoría de los jóvenes, más de 60 por ciento, el éxito en la vida consistía antes que nada



en la constitución de una familia estable, así como que era entre los jóvenes pobres urbanos donde el deseo de tener una familia reducida era más apreciado—el promedio de hijos deseados por estos jóvenes era 2,9 y había 44 por ciento que declaraba desear sólo uno o dos hijos, contra un promedio de hijos de 4,1 entre los universitarios, los que sólo en 13 por ciento deseaban uno o dos hijos—. Esta tendencia parece haberse consolidado con el paso del tiempo. Una encuesta entre estudiantes secundarios de distinto nivel socioeconómico (García-Huidobro y Weinstein 1986) mostraba que para 55,6 por ciento de los jóvenes el éxito en la vida consistía en "formar una familia estable y unida". Y la encuesta de Valenzuela (1984) muestra que 56 por ciento de los jóvenes pobladores desea tener una familia de sólo uno o dos hijos.

### III

Un problema que sí ha evolucionado, en el sentido de volverse cada vez más privativo de los sectores populares, es el de la conflictividad familiar.

En los años sesenta, los problemas entre padres e hijos estaban presentes en todos los grupos sociales, aunque con diferencias en los conflictos específicos más recurrentes. La investigación de Mattelart (1970) constataba que sólo un cuarto de los jóvenes declaraba estar conforme con el tipo o grado de comunicación existente con sus padres, y que ello era tan agudo para los universitarios como para los jóvenes populares de la ciudad o el campo. Veinte años después esa situación se ha modificado fuertemente para los jóvenes de clase media, los que sostienen relaciones familiares que juzgan satisfactorias, como muestra un estudio entre alumnos de Institutos Profesionales (Valenzuela y Solari 1982). Pareciera que estos actuales padres, que fueron conflictivos hijos ayer, "aprendieron la lección" de su propia experiencia sobre cómo lograr una comunicación más fluida con sus descendientes.

No puede decirse lo mismo en los sectores poblacionales. En ellos se sigue constatando una insatisfacción familiar semejante a la del pasado. El estudio realizado entre estudiantes de nivel secundario (García-Huidobro y Weinstein 1986) muestra esta degradación de las relaciones intrafamiliares a medida que se desciende socialmente. Así, 46,3 por ciento de los estudiantes de nivel social bajo declara poseer problemas de comunicación con sus padres, pero ese porcentaje desciende a 27,4 por ciento en los de nivel medio-bajo y a 19,2 por ciento entre los de nivel medio-alto.

Aparte de la eventual existencia de problemas de inexpresividad afectiva y dificultades de comunicación entre los pobladores, hay que considerar que, en este sector social, la persistencia del conflicto está relacionada con la persistencia de la desvalorización juvenil de los modelos parentales. Los padres no constituyen un modelo admirado al que se quiera imitar; suelen más bien ser objeto de indiferencia, si no desprecio, para la nueva generación. Por lo demás, los mismos padres tienden a autoinvalidarse en tanto modelos, al formular a los hijos una demanda constante respecto a que no se asemejen a ellos y los superen (Weinstein 1985).

Esto no es nuevo. Una investigación realizada en 1965 (Gurrieri 1971), ya detectaba que sólo alrededor de un cuarto de los jóvenes pobladores consideraba que "los padres son generalmente un ejemplo". Adelantemos también que no es nuevo que esta menor valorización de los padres entre los jóvenes pobladores vaya relacionada

con una mayor valorización de los profesores, invirtiéndose la situación entre los jóvenes de sectores medios, como veremos más adelante.

#### IV

Un aspecto en el que parece haberse desarrollado cierto cambio se refiere a la moral familiar, más precisamente al liberalismo y la tolerancia en valores asociados al sexo, la afectividad y la familia. Es cierto que no es una transformación específica de la juventud pobladora, pero es significativo que esta juventud no haya quedado fuera de este cambio generacional de prácticas y mentalidad.

El deseo de formar una familia estable ha ido acompañado de una aceptación de que ello bien puede no ocurrir, caso en el cuál hay una creciente aceptación del divorcio. Así, una investigación reciente entre estudiantes secundarios de colegios católicos de Santiago (Valdivieso y Harriet 1990) mostró que 88,2 por ciento de ellos acepta el divorcio. Por lo demás, esto se corresponde con una tendencia al aumento de las separaciones y anulaciones entre los jóvenes casados, como puede apreciarse en el Cuadro 2.

*Cuadro 2. Evolución de la situación matrimonial de los jóvenes entre 15 y 29 años (1960, 1970, 1982). Porcentajes.*

1960	<i>Soltero</i>	<i>Casado</i>	<i>Conviviente</i>	<i>Viudo</i>	<i>Separado</i>
Jóvenes	69.06	28.08	1.98	0.25	0.62
Hombres	75.63	22.30	1.58	0.13	0.33
Mujeres	62.91	33.48	2.35	0.36	0.89
1970					
Jóvenes	67.78	29.60	1.65	0.27	0.69
Hombres	73.56	24.52	1.38	0.13	0.41
Mujeres	62.34	34.39	1.91	0.40	0.95
1982					
Jóvenes	67.88	28.51	2.45	0.16	0.99
Hombres	73.64	23.70	1.98	0.07	0.60
Mujeres	62.29	33.19	2.90	0.24	1.38

*Fuente:* Cuadro construido a partir de cifras censales reproducidas en el Compendio Estadístico de 1989 del Instituto Nacional de Estadística (INE). De esta misma fuente hay cifras que muestran que la proporción de separaciones o anulaciones de matrimonios de jóvenes (menores de 29 años) sobre el total de las separaciones o anulaciones aumentó del 14,44 por ciento en 1960 a 16,11 por ciento en 1982.

En este mismo Cuadro puede advertirse que también hay un aumento de las parejas jóvenes que conviven sin casarse. Esto se corresponde con las evidencias existentes de un aumento de las relaciones sexuales pre matrimoniales entre los jóvenes, los que poseen una creciente precocidad sexual. Un estudio realizado en Santiago

(Valenzuela y cols. 1986) concluyó que 47,6 por ciento de los hombres y 18,9 por ciento de las mujeres, entre 15 y 19 años, han tenido relaciones sexuales. Además de mostrar que esta mayor precocidad masculina se corresponde con la persistencia de una pauta cultural machista, ese estudio estableció que ella era más acentuada en los sectores populares que en los sectores medios y altos.

Este cambio en las prácticas sexuales de los jóvenes ha ido acompañado de una modificación en los valores, que ha llevado a asignar cada vez menos un valor positivo a la virginidad. En efecto, según el estudio de Mattelart (1970), 75 por ciento de muchachas y 50 por ciento de muchachos adherían a la virginidad, lo que era especialmente acentuado entre los jóvenes populares. Veinte años después, el estudio de Valdivieso y Harriet (1990) entre secundarios católicos encuentra una mayoritaria aceptación de las relaciones pre matrimoniales, al punto que 57 por ciento de los jóvenes piensan que las parejas jóvenes pueden vivir juntas sin casarse.

La precocidad sexual ha incidido también en la agudización del embarazo adolescente, que ha devenido un problema juvenil de primer orden, especialmente en sectores poblacionales.<sup>1</sup> Ello se corresponde con una efectiva mayor proporción de embarazos adolescentes (madres menores de 20 años) en relación al total de embarazos. Si en 1965 nacía un hijo de embarazo adolescente por cada nueve niños nacidos, hoy esa proporción es de uno a seis o siete. Como ha mostrado Palma (1990), ello se debe a que, en estos veinte años, la tasa de natalidad ha disminuido mucho menos entre las madres adolescentes (tasa menor en 19,7 por ciento) que entre las madres que tienen 20 a 39 años (tasa menor en 50,5 por ciento). Además, no debe olvidarse que los jóvenes tienden a practicar una sexualidad espontánea y poco segura; piénsese, por ejemplo, que el estudio sobre prácticas sexuales ya citado (Valenzuela y cols. 1986) detectó que sólo una de cada cinco muchachas había empleado algún tipo de anticonceptivo en su primera actividad coital.

Conviene anotar que tampoco estos cambios en la sexualidad juvenil han significado la aceptación del aborto, siendo éste un límite importante en este cambio de mentalidad. Los resultados disponibles (Valenzuela y Solari 1982; Valdivieso y Harriet 1990) indican que los jóvenes son abrumadoramente contrarios al aborto, viendo a lo más su plausibilidad frente a casos extremos (riesgo de muerte de madre, violación en embarazo).

## V

Una transformación crucial que ha afectado a los jóvenes pobladores se ha dado en el ámbito educativo, en el cual se ha pasado de una educación media de élite a una educación media de masas. Estos jóvenes han tenido acceso al liceo, prolongando sustantivamente su escolaridad en relación al pasado, como puede apreciarse en el Cuadro 3.

1. El carácter crítico de este problema se debe a la mayoritaria proporción de embarazos no deseados, a los riesgos —como la desnutrición— que suele implicar para los niños en cuestión, y a la cancelación habitual de los proyectos personales de las madres adolescentes (Palma 1990).



**Cuadro 3.** Evolución de la matrícula y la cobertura de la Enseñanza Media (4 años). Grupo 15-19 años.

Año	Matrícula	Cobertura (porcentajes)
1965	148.144	17,5
1975	448.917	40,2
1985	667.791	54,7
1988	735.701	60,2

Fuente: El Cuadro fue tomado de Cox y Cariola (1990). Para el Cuadro 4 se empleó la misma fuente.

Es importante recalcar que esta "revolución" en la cobertura ha afectado principalmente a los jóvenes urbanos, de tal modo que si se excluye a los jóvenes rurales, se tiene que más del 70 por ciento del grupo de edad entre 15 y 19 años está en el sistema escolar.<sup>2</sup>

Igualmente debe señalarse que este crecimiento de la matrícula del nivel medio se ha dado fundamentalmente en la enseñanza de carácter general, produciéndose una creciente "desespecialización" de la enseñanza secundaria. Antes, por cada tres estudiantes de enseñanza media, uno correspondía a la enseñanza técnico-profesional; hoy esa proporción es sólo de cinco a uno. Este proceso puede visualizarse en el Cuadro 4.

**Cuadro 4.** Evolución de la matrícula científico-humanista y técnico-profesional en el nivel medio (1970, 1980, 1985).

	1970	1980	1985
Científico-humanista	202.506	371.626	539.150
Técnico-profesional	99.558	170.013	128.647
TOTAL	302.064	541.639	667.797

En relación a las diferencias por género, la tendencia a que las mujeres permanezcan más en el sistema escolar se ha mantenido en el tiempo. De hecho, la proporción de mujeres en la enseñanza media científico-humanista era de 53,5 por ciento en 1965 y continuaba siendo de 52,1 por ciento en 1985. Es más: la presencia de mujeres en la enseñanza técnico-profesional, que ha sido tradicionalmente minoritaria, ha aumentado de 44,7 por ciento en 1965 a 49,6 por ciento en 1985 (Rosseti y cols. 1989).

Una consecuencia de esta escolarización masiva de los jóvenes pobladores ha sido la creación de una brecha educacional entre ellos y sus padres. La encuesta de Valenzuela (1984) muestra que más de tres años de escolaridad separan a ambas generaciones: la precedente tuvo acceso a la instrucción elemental; la actual, en

2. Esto no quita que siga existiendo cierta deserción escolar y que ella se focalice entre los estudiantes más desfavorecidos. Según el Ministerio de Educación, esa deserción en el nivel medio alcanzaba 8 por ciento, pero modos alternativos de medición la ubicaban en 32,42 por ciento (Cariola y Cerri 1990).

cambio, ha conocido el liceo por dentro. Esta brecha cultural no puede olvidarse cuando se detectan problemas de conflictividad familiar como los señalados anteriormente; constituye quizás una de las consecuencias que los pobladores no preveían cuando, en los años sesenta, transferían sus aspiraciones educacionales a sus hijos (Rodríguez 1987).

## VI

Es cierto que el estar adentro del sistema escolar implica alejarse de otras prácticas y grupos donde los jóvenes estaban hace sólo veinte años, como el restringido mundo del hogar, el amenazante mundo de la calle o el duro mundo del trabajo. Pero que los jóvenes pobladores permanezcan más tiempo en el sistema escolar no garantiza por sí mismo que aprendan y que dispongan de mayores competencias efectivas para la acción. De hecho, el mayor problema actual de la educación de los pobres urbanos en Chile parece ser la calidad más que la cantidad (García-Huidobro y Zúñiga 1990).

Los indicadores de que los jóvenes pobladores reciben una educación mediocre son múltiples. Los colegios a los que asisten tienen peor infraestructura, mayor cantidad de alumnos por curso y profesores peor remunerados (García-Huidobro 1986); los resultados que, durante los años ochenta, han obtenido en las pruebas nacionales para medir el logro de objetivos académicos (PER y SIMCE), se muestran sistemáticamente bajos; los puntajes que obtienen en la prueba de acceso a la educación superior (la Prueba de Aptitud Académica) tienden a ser insuficientes, y una enorme cantidad no alcanza siquiera el mínimo establecido para postular a las universidades (Cox y Jara 1989). En fin, la educación de los pobres es también una educación pobre, lo que refuerza las desigualdades sociales preexistentes y atenta las potencialidades de la educación en tanto cohesionadora cultural de la nación en su conjunto.

Cuando el problema de los jóvenes pobres era el acceso a la enseñanza secundaria, la visión crítica de la educación recibida les resultaba evidente. Así, Mattelart (1970) detectaba en los jóvenes populares urbanos esta alta criticidad: sólo 12 por ciento se declaraba satisfecho con la educación recibida, mientras que ese porcentaje aumentaba a 44 por ciento de los universitarios y a 56 por ciento de los jóvenes de clase media.

Ahora, cuando el problema se ha trasladado a la calidad de la enseñanza media, los jóvenes tienden a estar satisfechos con la educación recibida. No disponen de referentes culturales ni familiares para formular una crítica a la enseñanza y son una suerte de "consumidores desinformados" de educación. Es así como, por ejemplo, en una investigación recientemente efectuada en una comuna de Santiago (Weinstein 1990) se constata que sólo 34,6 por ciento de los jóvenes encuestados está en desacuerdo con que "los liceos del sector tienen un buen nivel académico".

Un aspecto que, empero, se ha mantenido constante es la buena evaluación de los profesores. Señalábamos anteriormente que, en 1965, Gurrieri (1971) detectaba que mientras 27,7 por ciento de los jóvenes encuestados pensaba que "la mayoría de los padres son un ejemplo", 63 por ciento opinaba que "la mayoría de los profesores son un ejemplo". Resultados más recientes apuntan en la misma dirección. La encuesta



SUR de 1985 constataba que los profesores eran los profesionales o agentes externos mejor evaluados por los pobladores, con una nota promedio 6,2 en una escala de 1 a 7. El mismo resultado se ratificaba poco después entre los jóvenes pobladores (Weinstein 1990), los que nuevamente les asignaban la mejor calificación, con una nota promedio de 5,8. Los profesores no sólo son valorados por su contribución al desarrollo cultural de los pobres y su no mercantilización, sino también por su cercanía y comunicación con los jóvenes. No debe olvidarse que esta alta estima por los profesores es especialmente intensa entre los jóvenes pobladores y que ella disminuye entre los jóvenes más acomodados, quienes tienden a verlos menos como modelos de conducta, a demandarlos menos como "padres suplentes" y a confiar menos en ellos en tanto depositarios del saber.

## VII

Un cambio producido por la mayor escolaridad de los jóvenes pobladores ha sido la ampliación de sus aspiraciones educativas, particularmente entre quienes consiguen su diploma secundario. De aquí la existencia de una creciente presión hacia el nivel pos-secundario.

Un estudio reciente (Magendzo y González 1986) sobre las aspiraciones de los estudiantes de una comuna popular de Santiago que terminan cuarto año de educación media resulta especialmente iluminador al respecto. En él no sólo se aprecia el anhelo muy mayoritario de seguir estudiando en la universidad, sino que también se constata el efecto amplificador que posee específicamente la enseñanza científico-humanista. En efecto, mientras 76,3 por ciento de los egresados de establecimientos científico-humanistas desea seguir sólo estudiando, 47,7 por ciento de los egresados de establecimientos técnico-profesionales desea hacerlo. Asimismo, las cifras de los que aspiran a continuar solamente trabajando o bien trabajando y estudiando son mayores entre los que egresan de la educación técnico-profesional.

Pero tan altas aspiraciones educativas tienen muchas probabilidades de frustrarse para estos jóvenes. No puede olvidarse ni obviarse que la expansión del nivel medio no ha ido acompañada de una expansión equivalente de la educación superior. El desfase entre estos niveles ha ocurrido a pesar de que la diversificación del sistema de educación pos-secundario ha posibilitado, especialmente en los últimos años, una ampliación de la cobertura, como puede apreciarse en el Cuadro 5.

Cuadro 5. Evolución de la cobertura del sistema de educación pos-secundario para grupo de edad 20-24 años (1970, 1980, 1985, 1988). Porcentajes.

	1970	1980	1985	1988
Universidades	9,2	10,8	9,8	10,5
Institutos Profesionales	-	-	2,7	2,8
Centros de Form. Técnica	-	-	4,2	6,2
TOTAL	9,2	10,8	16,7	19,5

Fuente: Cox y Jara (1989).

El mismo estudio citado (Magendzo y González 1986) hizo un seguimiento de los jóvenes diplomados de la comuna investigada, un año después de su egreso. El resultado fue que sólo 29, por ciento pudo continuar estudiando, mientras se frustraban las aspiraciones iniciales de alrededor de la mitad de los egresados de la enseñanza científico-humanista. Las limitaciones académicas y/o económicas operaron, en consecuencia, una severa e injusta selección al interior de esta juventud.

Con todo, no sería exacto postular una ingenuidad juvenil extrema frente a esta selección elitista. Hay evidencia en el sentido de que los jóvenes pobladores distinguen entre aspiraciones y expectativas, tendiendo a poseer cierto realismo respecto de sus reales posibilidades futuras (Navarro y Urrutia 1981). Una investigación entre secundarios (García-Huidobro y Weinstein 1985) mostró una clara diferenciación respecto a cuán probable se creía alcanzar la profesión deseada de acuerdo al nivel social de los estudiantes: mientras 35,4 por ciento de los de clase baja lo creían probable, ese porcentaje subía a 41,3 por ciento en los de clase media y a 58,1 por ciento entre los de clase media-alta. Igualmente, hay que consignar que otro estudio en jóvenes pobladores (Weinstein 1990) constató que 61,8 por ciento de los encuestados pensaba que "sólo los jóvenes con plata pueden estudiar en la universidad". En breve, la apuesta por educación superior no es absurdamente ingenua, sino que parece corresponder a las aspiraciones generadas por una enseñanza secundaria exclusivamente orientada hacia tal meta y a que, mal que mal, existe alguna posibilidad de acceso a ella, como muestran esos casos raros, pero existentes, de jóvenes pobladores que devienen universitarios.

Conviene subrayar que, más allá de las aspiraciones educativas mismas que se posean, no parecen existir otros medios de ascenso social asequibles para los jóvenes pobres urbanos. En efecto, las encuestas, desde hace veinte años, coinciden en que los pobladores confían antes que nada en la educación como mecanismo de movilidad social. En 1965, Gurrieri (1971) mostraba que 45,5 por ciento de los encuestados creía en esta posibilidad movilizadora de la educación, lo que superaba de lejos la confianza en las posibilidades de ascenso depositadas en el trabajo (17,5 por ciento) o por medios mágicos, como la suerte (3 por ciento). Un resultado similar se encuentra en un estudio hecho entre jóvenes pobladores en 1989 (Weinstein 1990), en que la creencia en el ascenso vía educación sobrepasa el 40 por ciento, ubicándose también en un indiscutido primer lugar.

Pero si las encuestas ratifican esta persistencia de la apuesta educativa, ellas también muestran el descrédito creciente de otra apuesta: la de la movilidad colectiva. Porque en este tiempo, entre la juventud pobladora también se deshicieron las esperanzas en un cambio ascendente que no fuera estrictamente personal. Es significativo que mientras un quinto de los jóvenes encuestados por Gurrieri (1971) confiaba en que podría surgir mediante "la lucha por la transformación social", no más de 4 por ciento de los encuestados jóvenes (menores de 30 años) de la encuesta SUR de 1985 pensaba que "La solidaridad entre la gente podía servir para salir adelante en la vida".

Esta masificación del liceo ha tenido repercusiones en el retardo del acceso de los jóvenes pobres urbanos al empleo, generándose efectivamente una moratoria entre la infancia y la juventud. De ahí que durante estos veinte años se haya creado propiamente el período juvenil en este sector social, aunque éste posea ciertas características particulares, tales como una moratoria obligada, cierta socialización en la sobrevivencia, un mayor peso del grupo de pares y la cuasi inexistencia de un plan de vida a futuro (Weinstein 1985).

Esto puede apreciarse al observar la disminución de la participación juvenil en la población económicamente activa, la que es especialmente importante en el subgrupo de edad entre los 15 y 19 años, como se ve en el Cuadro 6.

Cuadro 6. Evolución de proporción de activos e inactivos entre los jóvenes (1960, 1970, 1980, 1985). Porcentajes.

15-19 años	Activos	Inactivos
1960	42,9	57,1
1970	29,3	70,7
1980	22,1	77,9
1985	21,6	78,4
20-24 años		
1960	61,0	39,0
1970	56,6	43,5
1980	59,5	40,5
1985	59,5	40,5

Fuente: Para los datos de 1960, 1970 y 1980, la fuente es Martínez y Valenzuela (1986). Para 1985, la fuente es Cepal (1988).

Nótese que esta mutación desde ser trabajadores a ser estudiantes también ha comportado estadios intermedios, muchas veces poco considerados. Es así como una investigación reciente en una comuna popular de Santiago (Cariola y Cerri 1990), descubrió una amplia actividad laboral de los estudiantes secundarios: 61,6 por ciento de los estudiantes varones trabajaba algunas horas a la semana, mientras 26,1 por ciento de las muchachas también lo hacía. Contra lo que suele presuponerse, estos estudiantes no registraban un menor rendimiento escolar que los que no trabajaban, ni tampoco estudiaban menos horas; este empleo ocasional no constituía así una causa obligada de deserción.

Un efecto perverso de esta mayor escolarización ha sido la desvalorización creciente de los diplomas escolares de los jóvenes pobladores, —en particular, de los egresados de la masiva educación media científico-humanista— en el mercado de trabajo. La existencia de una escolaridad más extendida no ha significado un mayor



o mejor empleo para estos jóvenes pobladores, lo que ha redundado en una "escolarización ociosa" para muchos de ellos.

La encuesta de Valenzuela (1984) entrega resultados al respecto. Entre los jóvenes pobladores encuestados, los desocupados tienden a poseer una escolaridad superior al promedio, confirmando que poseer una mayor escolaridad —siempre que ella sea menor que un título especializado— discrimina negativamente respecto del acceso al empleo. Se da la paradoja, por ejemplo, que en esos años los obreros jóvenes tenían una escolaridad promedio de 10.4 años de estudio, mientras que aquellos que estaban ocupados en empleos marginales en comercio y servicios, o bien en los desvalorizados programas de empleo mínimo del gobierno poseían una marca modal de 11,5 años. El análisis de las encuestas de empleo actuales a nivel metropolitano muestra, por lo demás, que éste es un fenómeno que afecta específicamente a los jóvenes, como se observa en el Cuadro 7.

*Cuadro 7. Desocupación en el Gran Santiago según nivel educacional 1988. Porcentajes.*

<i>Escolaridad</i>	<i>Jóvenes</i>	<i>Adultos</i>
Ninguna	14,1	15,2
Básica incompleta	23,3	16,0
Básica completa	19,7	12,5
Media incompleta	31,5	14,1
Media completa	28,6	12,5
Universitaria	19,1	5,9

Fuente: Cuadro reproducido de Marcel (1989).

Si bien son facetas del problema que se potencian mutuamente, en esta "escolarización ociosa" hay que diferenciar lo relativo a la oferta y la demanda de empleo. Por una parte, la educación que se ha dado a los jóvenes, de carácter generalista, no parece especialmente requerida en el mercado de trabajo. Por otra parte, pareciera que el acceso al nivel medio, particularmente en la enseñanza científico-humanista, como ya se señaló, ha aumentado las aspiraciones de los jóvenes respecto de los empleos que están dispuestos a desempeñar.

De cualquier modo, conviene consignar que los jóvenes parecen crecientemente conscientes de que obtener sólo el diploma de educación media tiene escaso valor en el mercado laboral. De hecho, en una encuesta reciente (Weinstein 1990), 48,2 por ciento de los jóvenes pobladores declara estar en desacuerdo con que "terminar cuarto medio en el Liceo ayuda a encontrar trabajo", percibiéndose incluso que haber terminado el servicio militar es una mejor carta de presentación en esa búsqueda.

## IX

Un cambio importante en estos años ha sido el agravamiento del problema del desempleo juvenil. Los jóvenes se han convertido en víctimas privilegiadas de la carencia de trabajo, y ello no sólo en momentos de crisis recesivas, sino de manera

permanente. Las tasas de desempleo que les afectan sobrepasan con creces las de los adultos. Más precisamente, se ha pasado en veinte años de una tasa de desempleo juvenil que no alcanzaba a duplicar la tasa adulta, a una nueva proporción en que la triplica, como puede apreciarse en el Cuadro 8.

Cuadro 8. Evolución de las tasas de desocupación juvenil y adulta a nivel nacional (1970, 1980, 1982, 1986, 1988). Porcentajes.

Año	Jóvenes	Adultos
1970	9,9	5,1
1980	25,9	7,7
1982	36,2	18,1
1986	19,7	7,6
1988	15,0	4,5

Fuente: El Cuadro proviene de Marcel (1989).

Nota: Se consideran como desocupados a los participantes en los programas de empleo de emergencia en los años 1980, 1982 y 1986.

Pero la cesantía entre los jóvenes no sólo es inquietante por su masividad, sino también por su irreductibilidad. La economía nacional presenta fuertes dificultades para incorporar a los jóvenes al mercado laboral incluso en períodos de crecimiento. Así, la recuperación experimentada en la tasa de ocupación en los últimos años no se ha traducido de manera equivalente a nivel juvenil. En efecto, de 1986 a 1988 el empleo juvenil creció en 1,3 por ciento anual, mientras que el empleo adulto lo hacía en 5,5 por ciento anual, por lo que de 18 puesto de trabajo creados sólo 1 favoreció a un joven. De hecho, la baja en la tasa de desempleo juvenil en ese período se explica más por una baja en la significación demográfica del grupo etario que por su aprovechamiento de los nuevos empleos generados (Marcel 1989).

Además de la característica ya señalada en relación a la escolaridad, hay que puntualizar otros dos rasgos del desempleo juvenil. Por una parte, ha tendido a ser cada vez más un problema urbano; los jóvenes rurales tienen índices de desocupación crecientemente bajos, lo que está relacionado con la recuperación del empleo agrícola y, particularmente, con la oferta de empleos ocasionales en tanto "temporeros". Por otra parte, hay una inversión del problema en términos de género: se ha pasado de una desocupación prioritariamente masculina a una en que las mujeres están sobrerrepresentadas, lo que se compadece con el creciente rechazo femenino al empleo doméstico.

No debe olvidarse que la desocupación afecta con mayor fuerza a los jóvenes pobres de las ciudades. Un encuesta realizada en 1988 (PET 1988) en las distintas comunas de Santiago, mostraba que mientras la desocupación juvenil general llegaba aproximadamente a 17 por ciento, aquella que existía en las comunas populares bordeaba el 35 por ciento. Igualmente hay que consignar que, si bien los desempleados de largo plazo son más significativos entre los cesantes adultos (16,2 por ciento) que entre los cesantes jóvenes (13,3 por ciento), existe una proporción importante de jóvenes pobladores en situación de inactivos sin justificación, que son "menos que cesantes", puesto que ni siquiera declaran buscar empleo. Este segmento constituye el núcleo duro de los que protagonizan conductas-problema y sufren daños psicosociales.

**Cuadro 9.** Evolución tasa de desocupación juvenil por sexo y área (1970, 1980, 1982, 1986, 1988). Porcentajes.

	Hombres	Mujeres	Total 1970
	11,5	5,8	9,9
1980			
Urbano	23,9	20,8	22,8
Rural	10,9	11,9	11,0
TOTAL	20,7	19,9	20,4
1982			
Urbano	35,8	30,7	33,9
Rural	17,5	19,9	17,8
TOTAL	30,9	29,6	30,5
1986			
Urbano	21,1	19,8	20,6
Rural	4,1	8,6	4,6
TOTAL	16,5	18,9	17,3
1988			
Urbano	15,8	18,9	16,9
Rural	3,1	7,6	3,7
TOTAL	12,5	18,0	14,3

Fuente: El Cuadro está tomado de Marcel (1989).

Nota: Los porcentajes de desocupación se refieren a la desocupación abierta y no consideran los planes de empleo de emergencia.

## X

Otro cambio crucial que ha afectado a la juventud urbano popular ha consistido en su "desproletarización", esto es, en su empleo cada vez mayor -cuando logran hacerlo- en ocupaciones del sector terciario. Ya no puede pensarse, como tantos lo hicieron en los sesenta, que los jóvenes de las poblaciones son simplemente obreros jóvenes que van a dormir a esas zonas periféricas de la ciudad.

Es sabido que durante los años setenta hubo una drástica reducción de la clase obrera industrial, ella se acompañó de un proceso de envejecimiento de la misma: si, en 1971, 24,3 por ciento de los obreros industriales eran jóvenes de 15 a 24 años, en 1980 esa proporción había disminuido a 9,5 por ciento. Esta "desproletarización" juvenil fue particularmente acentuada en la industria sustitutiva de importaciones, y tiene consecuencias no sólo de carácter económico, sino otras como la creciente atomización



de la demanda obrera y la desalarización de las relaciones laborales en que los jóvenes participan (Valenzuela 1984).

Paralelamente ha existido un proceso de "terciarización" del empleo juvenil, que se ha canalizado en una vertiente moderna —de la cual son ilustrativas las ocupaciones creadas en el sector financiero— y en otra vertiente marginal, bien ilustrada por las ocupaciones menores en el comercio callejero. Es en esta última que han participado crecientemente los jóvenes pobladores. Así, estas ocupaciones marginales del sector terciario habrían pasado de ocupar 11,8 por ciento de la PEA juvenil no agrícola en 1971, a ocupar 18 por ciento de la misma en 1980 (Marcel 1985).

Es necesario detenerse en una situación particular: el empleo doméstico. Esta ocupación reviste importancia por la magnitud de las jóvenes que ocupa, pero también por su significado cultural, que lo hace ser parte de un modelo de servidumbre propio a un orden tradicional. Si bien era esperable una drástica disminución de este tipo de empleo, ello no se ha verificado del todo, al menos en la década de los setenta. En efecto, si bien entre 1960 y 1970 el porcentaje de empleadas domésticas pasó de 27,9 a 21,9 por ciento en el grupo de edad de 15 a 19 años, y de 20,2 a 15 por ciento en el grupo de edad de 20 a 24 años, esa tendencia no se continuó en los setenta, de tal modo que en 1980 los porcentajes respectivos eran de 20,7 y 13,2 por ciento. La necesidad de estas mujeres jóvenes (fuerza de trabajo secundaria) de incorporarse al mercado de trabajo en situaciones de alta cesantía habría conspirado contra esta tendencia modernizadora (Martínez y Valenzuela 1986), aunque, como ya se sugirió, ella puede subyacer al mayor desempleo femenino en los ochenta.

Es necesario consignar que, más allá del empleo específico de que se trate, existe una discriminación respecto de los jóvenes en el mercado de trabajo. En efecto, ellos son peor remunerados, tienen jornadas de trabajo más largas, poseen menos beneficios sociales y seguridad social que los trabajadores adultos que desempeñan las mismas funciones (Marcel 1985). Esta discriminación cuenta incluso con cierto respaldo legal a partir de la legislación relativa a los contratos de aprendizaje (García 1989).

Estos procesos de "desproletarización" y terciarización, que se han dado a parejas con una mayor escolaridad, también parecen haber repercutido subjetivamente en la identidad social de los jóvenes. Más precisamente, estos jóvenes pobladores se sienten mucho menos parte de la clase obrera que lo que se sentían sus semejantes veinte años atrás y que lo que se sienten sus padres hoy en día. La encuesta SUR de 1985 muestra que 35,1 por ciento de los pobladores se autoidentifica con la clase obrera, pero que ese porcentaje baja a 29,2 por ciento entre los menores de 30 años. Esta atenuación de una conciencia proletaria se acompaña con una creciente identificación con la clase media. En la encuesta recién citada, 28,4 por ciento de los menores de 30 años se sienten parte de la clase media, contra sólo 19,4 por ciento de los pobladores adultos. Igualmente, en otra investigación reciente entre jóvenes pobladores (Weinstein 1990), 40,5 por ciento se autocalificó como perteneciente a la clase media, contra sólo 27,2 por ciento que se consideró parte de la clase obrera.

Conviene anotar otro aspecto más general dentro de la "cultura económica" de los jóvenes urbano populares, cual es su indefinición respecto de los modelos o principios económicos a los que adhieren. En efecto, en la subjetividad de este grupo parece coexistir una demanda por un Estado protector, que debiera salvaguardarlos frente a las inclemencias del mercado, al mismo tiempo que se adhiere a ciertos valores

neoliberales. Esta indefinición es visible en un estudio reciente (Weinstein 1990), en el cual los jóvenes pobladores manifiestan que es deber del Estado dar trabajo a los jóvenes cesantes, al mismo tiempo que se muestran en desacuerdo con que las empresas importantes debiesen ser propiedad del Estado. En el mismo sentido apuntan los resultados de una encuesta entre jóvenes de corte nacional (CEP-Adimark 1990), en que los encuestados se pronuncian de acuerdo en que la libre empresa es la única forma de desarrollo, al mismo tiempo que plantean que el gobierno debiera controlar los precios.

## XI

Otro cambio decisivo que se ha producido en estas dos décadas tiene relación con el modo de ocupación del tiempo libre de los jóvenes pobladores, revolucionado por su exposición a los modernos medios de comunicación masivos. Es en estos años que la televisión se ha masificado en nuestro país y en América Latina, alcanzando a la enorme mayoría de la población, como lo muestra el Cuadro 10.

Cuadro 10. Evolución de la disponibilidad de televisores por habitantes en América Latina (1965, 1970, 1975, 1980, 1985).

Año	Cantidad de televisores por mil habitantes
1965	32
1970	60
1975	84
1980	108
1985	132

Fuente: Cuadro extraído de Fuenzalida y Hermosilla (1989).

Esto ha significado un acceso creciente de estos jóvenes al consumo de televisión. Nótese que en 1965 la encuesta de Gurrieri (1971) ni siquiera creía pertinente preguntar por la exposición a la televisión. Cinco años más tarde, Mattelart (1970) ya consignaba que mayoritariamente los jóvenes habían visto televisión. Pero esta exposición era mayor entre los universitarios que entre los jóvenes de sectores populares. Un elemento decisivo en este sentido es que mientras la mayoría de los universitarios veía televisión en su propio domicilio, los jóvenes populares no contaban cotidianamente con ella y la veían ocasionalmente en lugares públicos (bares), en "la casa de los patrones" o en casas de amigos. Una encuesta realizada en Santiago en 1987 (Flasco-Ceneca 1987), muestra una transformación radical en la medida en que el consumo de televisión se ha consolidado como una práctica diaria que se realiza en el mismo hogar de los jóvenes. Se constata, además, que ahora es el público popular el que más ve televisión, mientras que el público de élite es el que menos horas diarias se expone a ella.

Es cierto que este cambio no afecta exclusivamente a los jóvenes y que ellos

consumen tanta televisión como lo hacen los otros grupos de edad: en la encuesta recién citada se constata que el promedio general de exposición de los santiaguinos es 2,8 horas diarias, porcentaje similar al de la franja de edad de 15 a 25 años. Pero hay una especificidad juvenil en el tipo de consumo de televisión que realizan. A diferencia de los adultos jóvenes (21 a 25 años), puede apreciarse que los adolescentes (15 a 20 años) presentan cierto perfil distintivo en tanto telespectadores, constituyendo un "mercado particular". Es así como, de acuerdo a la encuesta Flasco-Ceneca (1987), ellos ven más que el resto del público las series y películas (27,1 por ciento contra 19,3 por ciento), las telenovelas (20,6 por ciento contra 14,0 por ciento) y la música joven (7,8 por ciento contra 3,3 por ciento), mientras que ven menos que el resto los programas en vivo (16,1 por ciento contra 27,2 por ciento) y las noticias (2,8 por ciento contra 13,1 por ciento).

Esta creación gradual de un "mercado juvenil" coexiste y, en cierto sentido, compete con la segmentación de preferencias entre juventudes, que no ha desaparecido. Si la homogeneización marca una ruptura, esta segmentación, en cambio, marca una continuidad en relación al pasado. En efecto, ya Mattelart (1970) anotaba que existían múltiples diferencias en los programas preferidos por las distintas juventudes: las noticias interesaban a 22 por ciento de los universitarios, pero sólo a 7,1 por ciento de los jóvenes populares urbanos y a 3,2 por ciento de los jóvenes campesinos, mientras que los shows y programas en vivo son preferidos por 25,5 por ciento de los jóvenes campesinos, por 19,2 por ciento de los jóvenes populares urbanos y por 12,6 por ciento de los universitarios. Lo mismo sigue ocurriendo parcialmente hoy, como muestra la encuesta citada (Flasco-Ceneca 1987), en que el público popular tiende a preferir notablemente menos los noticieros que el público de élite, y sigue prefiriendo notablemente más los programas en vivo.

Anotemos que este mismo proceso de homogeneización progresiva a nivel generacional, pero que no hace desaparecer las diferencias sociales, se produce en relación a la lectura de diarios. Contra lo que suele pensarse, los jóvenes de hoy no leen menos el diario que los adultos. El estudio Flasco-Ceneca constata que 67,5 por ciento de los santiaguinos ha leído u hojeado el diario en la semana previa a la encuesta, y que esa cifra es de 67,9 por ciento entre los adolescentes (14 a 20 años) así como de 64,5 por ciento entre los adultos jóvenes (21 a 25 años). Pero los adolescentes leen u hojean más ciertas secciones del diario que los otros grupos de edad, como ocurre con la sección policial (36 por ciento de adolescentes contra 27,9 por ciento general), espectáculos (29,3 por ciento contra 20,2 por ciento) y horóscopos/crucigramas (23,3 por ciento contra 14,8 por ciento), al mismo tiempo que leen u hojean menos las noticias internacionales (4 por ciento contra 8,5 por ciento) y las nacionales (6,7 por ciento contra 13,9 por ciento). Esto no quita que entre las distintas juventudes persistan diferencias, interesándose más aquellos jóvenes pertenecientes al público de élite por los denominados "temas duros", ligados a la información, mientras que aquellos pertenecientes al público popular optan más por los "temas blandos", asociados a la entretención (Catalán y Sunkel 1990).

Por otra parte, esta exposición creciente a la televisión ha coincidido con una progresiva pérdida del hábito de la lectura. En 1970, como muestra Mattelart (1970), la lectura constituía la principal actividad en los ratos libres, siendo una práctica que atravesaba a las distintas juventudes, desde un máximo de 37,4 por ciento de preferencias entre los universitarios hasta un mínimo de 20,5 por ciento entre los



jóvenes campesinos. Hoy en día, en cambio, estos porcentajes han bajado notablemente en el conjunto de la población pero especialmente entre los jóvenes. En efecto, la encuesta Flasco-Ceneca (1987) consigna que la preferencia por la lectura en los ratos libres alcanza a 11,8 por ciento de los encuestados, en general, pero disminuye todavía más entre los adolescentes (7,3 por ciento).

Otro antecedente de un gusto generacional que se ha venido consolidando en el tiempo se encuentra en la música y la exposición a la radio. Hace veinte años, Mattelart (1970) encontraba una radical diferencia entre los gustos musicales de los jóvenes. La idolatría por los cantantes nacionales estaba reservada a los jóvenes populares urbanos (59,5 por ciento), mientras que los universitarios apenas les prestaban atención (14 por ciento). Inversamente el gusto por los cantantes europeos era intenso entre los universitarios (49,7 por ciento) mientras que era marginal en los jóvenes pobres de la ciudad (27,5 por ciento). En 1987, la encuesta Flasco-Ceneca muestra la diferencia entre los gustos musicales juveniles, centrados en la música rock-disco, romántica y jazz, respecto de los gustos adultos. Además, este "gusto joven" se corresponde con que los jóvenes, especialmente los adolescentes, tienden a escuchar mucho más que los adultos las radios FM, cuya programación es casi exclusivamente musical, mientras que escuchan mucho menos radios AM, cuya programación incluye una mayor proporción de noticias y programas de conversación.

## XII

Pero los usos considerados "sanos" del tiempo libre no son los únicos que se han modificado. También han existido cambios en las "conductas-problema" que los jóvenes protagonizan, especialmente en lo relativo a las diversas adicciones que practican.

El caso del consumo de marihuana es ilustrativo al respecto. Esta forma de drogadicción ha pasado a ser parte de la cotidianeidad juvenil y ha mostrado un marcado desplazamiento social en estos veinte años, convirtiéndose en una droga popular. Una encuesta realizada en distintos establecimientos secundarios en 1970 (Richards, Viveros y Ortiz 1972), mostraba ya un alto consumo entre estos estudiantes: 34,7 por ciento declaraba haber fumado marihuana, 61,8 por ciento decía no haberla fumado y 3,4 por ciento no respondía a la pregunta. Entre los fumadores había un predominio notorio de los varones y no existían diferencias marcadas a nivel socioeconómico, estando igualmente representados los jóvenes de estrato alto como los de estrato medio-bajo entre estos secundarios. Casi veinte años después, un estudio realizado en Santiago (Pastoral Juvenil 1989) muestra que 11,9 por ciento de los jóvenes entre 15 y 24 años consume regularmente marihuana, 22 por ciento la consume ocasionalmente y 66,1 por ciento no la consume nunca. Se observa que la distribución por género sigue siendo muy diferenciada, puesto que los muchachos siguen al menos triplicando a las muchachas en su adicción. Pero se constata que el foco del consumo se ha desplazado al sector poblacional: 54,1 por ciento de los jóvenes de comunas populares fuma marihuana, mientras este consumo desciende a 13,0 por ciento en comunas de clase media y a 8,2 por ciento en comunas de clase alta. Por otra parte, estudios de réplica hechos en los últimos años (Pastoral Juvenil 1989) muestran

una tendencia al aumento del consumo juvenil de marihuana: mientras en 1984 72,0 por ciento no fumaba nunca, en 1986 71,3 por ciento no lo había hecho y esa cifra descendía a 66,1 por ciento en 1989.

El caso de la ingesta de alcohol no parece haber seguido exactamente la misma evolución. No se trata de que el alcoholismo juvenil no haya aumentado, puesto que muestra una tendencia creciente en el tiempo: un estudio comparativo realizado por Fernández (Weinstein, Aguirre y Téllez 1990) muestra que el número de bebedores excesivos o anormales en la población escolar se duplicó entre los inicios de los sesenta y los inicios de los ochenta, pero se constata que las distancias de género o de estrato social se atenúan y modifican. En efecto, la encuesta reciente de la Pastoral Juvenil (1989) muestra que las muchachas consumen alcohol en una proporción importante, autoasignándose cierto "derecho a beber" que antaño les estaba negado. Es así como, mientras entre los varones 24 por ciento son consumidores habituales, 51 por ciento son consumidores ocasionales y 25 por ciento no son consumidores, entre las mujeres 10 por ciento son consumidoras habituales, 40 por ciento son consumidoras ocasionales y 50 por ciento no son consumidoras. En lo referente al sector social, la misma encuesta detecta algo todavía más novedoso, como es el mayor alcoholismo existente en los sectores acomodados. De este modo, en la clase alta, 35,4 por ciento de los jóvenes son consumidores habituales, 38,2 por ciento son consumidores ocasionales y 26,4 por ciento son no consumidores, en tanto que en la clase media, 17,8 por ciento son consumidores habituales, 43,3 por ciento son consumidores ocasionales y 38,9 por ciento son no consumidores, y que en la clase baja 11,4 por ciento son consumidores habituales, 48,8 por ciento son consumidores ocasionales y 39,8 por ciento son no consumidores.

Si el alcoholismo no se puede seguir considerando un daño psicosocial exclusivo de los sectores poblacionales, hay cierto consumo de drogas nuevas que sí lo es. El caso de los solventes volátiles es particularmente significativo, por la gravedad de sus consecuencias para el desarrollo integral de los individuos que les son adictos. No se debe olvidar que entre los jóvenes de Santiago hay 5,6 por ciento que inhala habitualmente neoprén y 10,7 por ciento que lo hace ocasionalmente, y que esos jóvenes son casi exclusivamente pobladores (Pastoral Juvenil 1989).

Conviene anotar que entre los jóvenes pobladores hay una fuerte preocupación por el problema de las adicciones, el que se asocia a la inseguridad y a una degradación más general del barrio. De hecho, cuando una encuesta reciente (Weinstein 1990) les preguntó sobre cuál era el problema más importante que afectaba a los jóvenes del sector, 51,5 por ciento puso en primer lugar la drogadicción y el alcoholismo, escotados por la delincuencia y la prostitución (17,6 por ciento) y seguidos de muy lejos por los problemas sociales y económicos (cesantía, 12 por ciento; educación, 7,3 por ciento; vivienda, 3,3 por ciento, etc.).

Por desgracia, no se cuenta sino con escasos datos respecto de la evolución que ha seguido la delincuencia y la violencia entre los jóvenes pobladores. Pareciera que ha existido una tendencia sostenida al aumento en estos años, como muestra el Cuadro 11.

Año	Total menores
1982	16.435
1983	18.138
1984	20.545
1985	22.604
1986	22.573

Fuente: El cuadro está construido a partir de datos provenientes del Compendio Estadístico del INE (1989).

Esta evaluación de un agravamiento de la delincuencia juvenil es, por lo demás, la percepción que prevalece entre los mismos jóvenes pobladores. Al preguntárseles sobre este tema en un estudio reciente (Weinstein 1990), 64,1 por ciento consideró que había más delincuencia en el sector que antes, 14,3 por ciento consideró que había igual y 20,9 por ciento respondió que había menos.

### XIII

Una última dimensión también ligada al tiempo libre donde conviene detenerse se refiere al asociacionismo juvenil. En ella, empero, las transformaciones operadas parecen ser menos significativas que lo que suele pensarse.

La organización voluntaria en la que los jóvenes pobladores más participan, tanto en el pasado como en el presente, son de lejos los clubes deportivos. Se trata, como es sabido, de una organización casi exclusivamente masculina, que suele centrar su dinámica estrictamente en lo deportivo y que posee escasas vinculaciones con instancias o estructuras nacionales. Las cifras de participación juvenil son elocuentes. En 1965, Gurrieri (1971) encontraba que 58 por ciento de los encuestados varones participaba en estos clubes, y en 1984 Valenzuela (1984) constataba que 45 por ciento de los muchachos eran miembros de estas agrupaciones. Conviene agregar que el porcentaje de participación en clubes deportivos tiende a ser menor entre los jóvenes de otros sectores sociales, donde también los clubes aumentan en participación femenina, entre otras cosas porque amplían, más allá del fútbol, la gama de deportes que promueven.

La otra organización voluntaria donde los jóvenes han tendido en cierta medida a participar son los grupos juveniles de iglesia. Según Gurrieri (1971), en 1965 había 15 por ciento que participaba de ellas, y Mattelart (1970) observaba que participaba 10 por ciento de las muchachas de sectores populares urbanos. Con el correr del tiempo, pareciera que la tendencia ha sido mantener este nivel de participación juvenil, pero también se ha producido un mayor acercamiento de los muchachos a estos grupos de iglesia, los que dejaron de ser "territorio femenino". De hecho, la investigación de Valenzuela (1984) constata una participación similar por género (11,5 por ciento de varones contra 11,2 por ciento de mujeres), fenómeno que se reafirma en otro estudio más reciente (Weinstein 1990).



Los jóvenes pobladores no parecen haber participado nunca masivamente de los partidos políticos. Las cifras disponibles de afiliación previas al quiebre del sistema democrático son bastante bajas: para 1965, un estudio constata 7 por ciento de jóvenes participantes (Gurrieri 1971); para 1970, otra investigación (Mattelart 1970) muestra que 8 por ciento de los jóvenes urbano-populares participa de algún partido. Hay que anotar también que esta última investigación permite visualizar que esta juventud participaba mucho menos de los partidos que otras, como los universitarios, e igualmente que se trata de una participación prioritariamente masculina.

Además, la participación juvenil en las organizaciones y actividades vinculadas a lo vecinal ha solido ser baja. De hecho, Mattelart (1970) constataba que los jóvenes populares prácticamente no participaban de las Juntas de Vecinos existentes en sus poblaciones. Un estudio más reciente (Culagovski 1985) mostró que esta tendencia al desinterés juvenil poblacional por la participación vecinal seguía vigente, constituyendo el grupo de edad que menos estaba inscrito en las juntas de vecinos, menos había tomado contacto con el alcalde y menos había participado de las diversas iniciativas municipales.

Si bien éste parece ser el perfil del "asociacionismo realmente existente", hay que considerar también la valorización que los jóvenes efectúan de estas distintas organizaciones; al respecto, se dispone de algunos antecedentes sobre los grupos juveniles de iglesia, así como sobre los partidos políticos.

Si bien no contamos con referentes comparativos en el pasado, es claro que los jóvenes pobladores tienen actualmente una muy positiva evaluación de la Iglesia Católica, de sus sacerdotes y de su labor en favor de los derechos humanos y de defensa de los pobres. Esta percepción juvenil positiva se manifiesta, por ejemplo en un estudio reciente (Weinstein 1990), en que la mayoría de estos jóvenes pobladores piensa que los grupos juveniles de iglesia son la organización que más contribuye al bien de la comunidad. Conviene no olvidar que esta buena evaluación no es específica de estos jóvenes, sino que suele ser compartida por la mayoría de los chilenos, como muestra la encuesta nacional realizada por Hunneus (1987).

La opinión que ellos tienen sobre los partidos políticos es menos positiva y más ambigua. Es necesario recordar que, contra lo que a veces se postula, la visión que los jóvenes tenían de los partidos en el pasado democrático no siempre les era favorable. Así, en 1965 el estudio de Gurrieri (1971) detectaba que sólo 28 por ciento de los encuestados calificaba positivamente a los partidos, modo de organización colectivo que era claramente superado por el sindicato. Por su parte, Mattelart (1970) mostraba que más de la mitad de sus encuestados pensaba que los jóvenes no debían comprometerse en política. Investigaciones recientes confirman este recelo juvenil poblacional respecto de la política y sus principales actores institucionales. Así, un estudio actual (Weinstein 1990) muestra como los partidos son una suerte de "mal menor", de manera tal que estos jóvenes tienden a considerar que los partidos políticos son necesarios para defender los intereses de los pobres (50,8 por ciento de acuerdo), pero al mismo tiempo creen que los políticos dicen muchas mentiras (70,8 por ciento de acuerdo) y que dividen a la gente (86,7 por ciento de acuerdo). En el mismo sentido, hace pocos años atrás una encuesta nacional (Hunneus 1987) mostraba que los jóvenes eran los que menos creían que los partidos eran indispensables para gobernar el país: mientras que 50,9 por ciento de los encuestados entre 18 y 25 años pensaba que eran indispensables, ese porcentaje aumentaba a 60,3 por ciento para el conjunto.

Esta desconfianza respecto del sistema político institucional no significa necesariamente radicalismo, como pudo pensarse cuando en los años 1983 y 1984 los jóvenes pobladores irrumpieron en la escena política nacional participando masiva y violentamente en las Protestas Nacionales contra el régimen militar (Weinstein 1986). De hecho, al preguntárseles en un estudio reciente (Weinstein 1990) sobre la evaluación que hacían de las Protestas, sólo 31,6 por ciento creía que "ayudaron a que se fuera Pinochet", mientras 44,5 por ciento pensaba que "trajeron destrucción y muerte" y 22,3 por ciento decía que "no sirvieron para nada". Más generalmente, los estudios de opinión actuales muestran que estos jóvenes son mayoritariamente favorables al sistema democrático y a los modos de acción políticos de carácter pacífico (Hunneus 1987; Flisfisch, Culagowski y Charlin 1988), aunque sus específicas preferencias partidistas siguen constituyendo un enigma.

#### XIV

Este artículo se propuso inventariar, a partir de los datos disponibles, los cambios acaecidos en la juventud pobladora en este último cuarto de siglo.

Al pasar revista a cada una de las dimensiones de la vida de los jóvenes consideradas, el resultado habitual fue la constatación de múltiples y profundas transformaciones, las que, empero, no siempre eran exclusivas a la juventud, y a veces no hacían sino continuar con tendencias preexistentes.

Es conveniente recordar que, en lo relativo a la familia, se aprecia que los jóvenes buscan formar familias nucleares y reducidas, lo que difícilmente pueden conseguir debido a la crisis habitacional existente. Igualmente, ellos, a diferencia de los sectores medios, siguen presentando niveles relativamente altos de conflictividad familiar, en la que destaca la incomunicación y la desvalorización de los modelos parentales. Por último, hay una tendencia a una mayor liberalidad y tolerancia en la moral sexual, que se expresa en una mayor precocidad sexual y en el descrédito de ciertos valores tradicionales, pero que ha significado también problemas psicosociales a los propios jóvenes, tales como el aumento del embarazo adolescente.

En lo relativo a la educación, ha existido una masificación enorme de la enseñanza secundaria, sobre todo en su vertiente generalista, que ha hecho que progresivamente estos jóvenes, a diferencia de sus progenitores, conozcan el liceo por dentro. Esta revolución en la cobertura está en la base de la creación del período juvenil en este sector social. Sin embargo, este avance en la cantidad de educación recibida por los jóvenes pobladores no ha ido acompañado de uno equivalente en el nivel de la calidad, ya que sólo cuentan con una educación mediocre y con escasas perspectivas, lo que ha llevado a la frustración de sus aspiraciones a continuar estudios superiores. A pesar de ello, la inexistencia de otras alternativas de ascenso social hace que la "apuesta educativa" siga siendo la única posible para estos jóvenes, que parecen desesperanzados respecto de los mecanismos de movilidad colectiva.

Esta "crisis del liceo" también se ha traducido en su escasa incidencia positiva en el empleo juvenil. Al contrario, se ha producido una "escolarización ociosa" que ha afectado a los jóvenes más escolarizados de las poblaciones. En esta dimensión, la transformación mayor ha sido problemática: se ha generado un fuerte e irreducible

desempleo juvenil, demostrativo de una creciente incapacidad de la economía en su conjunto para absorber la fuerza de trabajo de este grupo de edad. Esta alta desocupación, que ha sido sobre todo urbana y cada vez más femenina, ha posibilitado una discriminación de los trabajadores jóvenes. También debe señalarse la progresiva "desproletarización" existente en este tiempo, que ha ido asociada a la "terciarización" del empleo juvenil. Esto ha significado, entre otras cosas, una creciente identificación de los jóvenes pobladores con la clase media y su distanciamiento de la cultura obrera.

Por último, abundan los cambios en lo relativo al tiempo libre. En términos del consumo audiovisual, los jóvenes se transforman en un cliente particular de la televisión, los diarios y la radio, desarrollándose cierto "gusto joven" homogeneizador que compete con las diferenciaciones tradicionales entre juventudes. Las "conductas-problema" de los jóvenes pobladores se hacen más masivas y graves, lo que se expresa especialmente en la drogadicción y la delincuencia, prácticas por las que muchas veces es etiquetada toda la juventud pobladora en la sociedad. El asociacionismo juvenil se mantiene relativamente inalterado, mostrando una primacía de las organizaciones deportivo-recreativas, aunque hay cierto auge de los grupos de iglesia, sobre todo en términos de valorización subjetiva. La participación política se mantiene enigmáticamente baja, habiéndose aparentemente consumido esa explosión de radicalidad juvenil de las Protestas, aunque el desinterés por la coyuntura política inmediata y sus actores institucionales no debiera ser interpretado necesariamente como "apoliticismo".

En fin, interesa destacar lo que subyace a este inventario (incompleto) de cambios: los jóvenes pobladores han sido un grupo etario y social especialmente afectado por esta modernización sin equidad que la sociedad chilena ha recorrido en este período. De allí que, junto con ser beneficiarios menores de algunos procesos de modernización —como ha ocurrido en el caso de la educación o del consumo audiovisual—, han sido víctimas predilectas de otros, como ha acaecido notoriamente en lo relativo al empleo. De allí también que hayan devenido una "juventud problema" difícilmente integrable de manera armónica en la economía, la política o la moral. Son los avatares propios a un grupo que ha tenido que soportar esta tensión permanente de ser convocado y, al mismo tiempo, expulsado de la nueva sociedad que se ha ido forjando.

## BIBLIOGRAFÍA

CARIOLA, L. & M. CERRI

*Sectores populares en enseñanza media. Las evidencias del silencio.* Santiago: Cide. En prensa.

CATALÁN, C. & G. SUNKEL

1990 "Consumo cultural en Chile: la élite, lo masivo y lo popular". *Documento de Trabajo* n° 455. Santiago: Flacso.

CEP-ADIMARK

1990 "Resultados de encuesta sobre actitudes políticas de los jóvenes". Citado por *El Mercurio* 3/12/90.



- CEPAL  
1988 *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1988*. Santiago.
- COX, C. & L. CARIOLA  
1990 "La educación de los jóvenes. Crisis de la relevancia y la calidad de la enseñanza". En: Generación (comp.). *Los jóvenes en Chile hoy*. Santiago: Cide-Cieplan-INCH-PSI-SUR.
- COX, C. & C. JARA  
1989 *Datos básicos para la discusión de políticas en educación (1970-1988)*. Santiago: Cide-Flacso.
- CULAGOVSKI, M.  
1985 "Afiliación y participación a nivel local. Algunos resultados de la encuesta de participación comunal". *Material para Discusión*. Santiago: CED.
- FLISFISCH, A., M. CULAGOVSKI & M. CHARLÍN  
1988 "Edad y política en el Chile autoritario: un análisis exploratorio y conjeturas para un futuro democrático". *Documento de Trabajo* n° 387. Santiago: Flacso.
- FUENZALIDA, V. & M. HERMOSILLA  
1989 *Estudios sobre la televisión en Chile*. Santiago: Ceneqa.
- GARCÍA-HUIDOBRO, J. EDO.  
1986 "Juventud chilena: educación y empleo", en Revista *Mensaje* (Santiago), n° 346 (enero febrero).
- GARCÍA-HUIDOBRO, J. EDO. & J. WEINSTEIN  
1986 *Conciencia juvenil de estudiantes secundarios*. Santiago: Cide.
- GARCÍA-HUIDOBRO, J. EDO. & L. ZÚRIGA  
1990 *¿Qué pueden esperar los pobres de la educación?* Santiago: Cide.
- GURRIERI, A.  
1971 "Situación de la juventud dentro del complejo económico y social de América Latina". En A. Gurrieri, ed. *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Siglo XXI.
- HUNNEUS, C.  
1987 *Los chilenos y la política. Cambio y continuidad en el autoritarismo*. Santiago: Cerc-lech.
- MAGENDZO, S. & L. GONZÁLEZ  
1987 "El fenómeno del desempleo aprendido en jóvenes de sectores populares". *Revista Paraguaya de Sociología* 24, n° 69.
- MARCEL, M.  
1985 "Empleo juvenil. Drama en tres actos y un epílogo". En I. Agurto, M. Canales & G. de la Maza, eds. *Juventud chilena. Razones y subversiones*. Santiago: Eco-Folico-Sepade.  
1989 "Capacitación y empleo de jóvenes. Revisión y análisis de experiencias". *Apuntes Cieplan*, no. 83, vol. 1. Santiago: Cieplan.
- MARTÍNEZ, J.  
1987 "La investigación sobre juventud en Chile: hacia una reformulación". Ponencia presentada al Seminario Internacional Estudios e Investigaciones sobre Juventud en América Latina, Celaju, Buenos Aires.

MARTÍNEZ, J. & E. VALENZUELA

1986 "Juventud chilena y exclusión social". *Revista de la Cepal* (Santiago), nº 29 (agosto).

MATTELART, A. & M.

1970 *Juventud chilena. ¿Rebelión o conformismo?* Santiago: Universitaria.

NAVARRO, I. & J. URRUTIA

1981 "El sistema educacional chileno y la adolescencia". En Bobadilla y Florenzano, comp. *El adolescente en Chile. Características y problemas*. Santiago: CPU.

PALMA, I.

1990 "Embarazo en adolescentes: daño psicosocial y proyecto de vida". En: Generación, ed. *Los jóvenes en Chile hoy*. Santiago: Cide-Cieplan-INCH-PSI-SUR, Santiago, 1990.

RICHARDS, P., A. VIVEROS & L. ORTIZ

1972 *¿Fuma marihuana el estudiante chileno?* Santiago: Nueva Universidad.

RODRÍGUEZ, A.

1987 "El otro Santiago. Resumen de la encuesta SUR 1985". *Proposiciones*, nº 13. Santiago: SUR.

TRONÍ, E.

1987 "Pobladores e integración social". *Proposiciones*, nº 14. Santiago: SUR.

VALDIVESIO, G. & M. HARRIET

1990 "Algunas actitudes y creencias de estudiantes secundarios de colegios católicos". *Revista Estudios Sociales*. Santiago: CPU.

VALENZUELA, S. & COLS.

1986 "Resultados de la encuesta sobre conocimientos y conductas sexuales en adolescentes de la región metropolitana". Santiago, Universidad de Chile. Mimeo.

VALENZUELA, E. & R. SOLARI

1982 "Los jóvenes de los ochenta. Una interpretación sociológica de la actual generación estudiantil de clase media". *Documento de Trabajo* nº 14. Santiago: SUR.

VALENZUELA, E.

1984 *La rebelión de los jóvenes*. Santiago: SUR.

VICARÍA DE LA PASTORAL JUVENIL

1989 "Informe de encuesta sobre drogadicción en jóvenes de la región metropolitana". Santiago. Mimeo.

WEINSTEIN, J.

1985 *El período juvenil en sectores de extrema pobreza urbana*. Santiago: Cide.

1986 *Los jóvenes pobladores en las Protestas Nacionales (1983-1984). Una visión sociopolítica*. Santiago: Cide.

1990 *Los jóvenes pobladores y el Estado. Una relación difícil*. Santiago: Cide.

WEINSTEIN, J., R. AGUIRRE & A. TÉLLEZ

1990 "Los jóvenes dañados. Una re-visión de las 'conductas-problema' en la juventud popular". En: Generación, comp. *Los jóvenes en Chile hoy*. Santiago: Cide-Cieplan-INCH-PSI-SUR.